

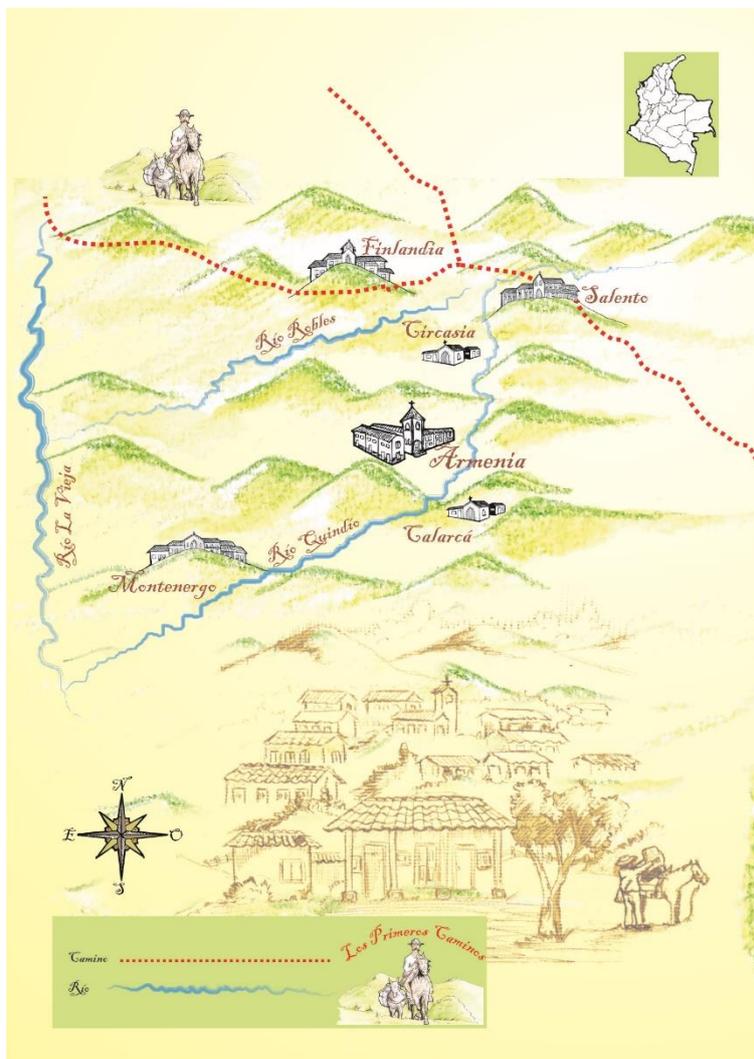
CAPÍTULO II

UN CRISOL DEL MESTIZAJE

Alfredo Cardona Tobón

Este capítulo muestra cómo nativos, negros y europeos conformaron las comunidades coloniales que poblaron la región hasta la llegada de los antioqueños. Se da información general sobre los principales pueblos indígenas que encontraron los españoles, se recuerda la hecatombe americana, la presencia africana en este territorio y la influencia encomendera, que se prolongó con los criollos caucanos. Se cierra el capítulo con los resguardos indígenas modernos, cuya presencia sigue siendo muy importante en la banda izquierda del río Cauca.

Sobre la arisca topografía de este territorio, en los tiempos precolombinos florecieron varias culturas indígenas de ancestro caribe, con notables diferencias en el lenguaje, en la cosmogonía y en su desarrollo tecnológico. (Mapa No. 1)



La violencia conquistadora, las enfermedades traídas por los europeos y el acoso de los colonos mestizos disminuyeron las comunidades nativas, cuyas huellas quedaron moldeadas en la cerámica y se admiran en las primorosas joyas de oro y cuya cultura rescataron, en parte, los cronistas y los estudiosos de nuestro pasado.

A los pueblos primitivos asentados en estas montañas no los separaron abismos insondables, ni cadenas montañosas infranqueables o ríos imposibles de vadear; sin embargo, hablaron diversos dialectos, adoraron distintos dioses y vivieron de manera diferente. Quizás la riqueza del suelo, la caza abundante y la multiplicidad climática los hizo independientes, y sus cacicazgos débiles, autócratas y absolutistas impidieron la unión de las tribus alrededor de un líder con la fuerza suficiente para conformar una comunidad poderosa.

Al evocar el pasado debemos volver sobre las raíces nativas y agregar el ingrediente africano y los conquistadores blancos: los indígenas sobrevivientes fueron la base de las comunidades de la banda izquierda del río Cauca, los negros formaron núcleos aislados en Guamal, Marmato y Buenavista y los blancos establecieron sus bases en Cartago, Ansermanuevo y en Arma.

Esas tres razas mezcladas por la fuerza y el sexo, se unieron a los mestizos llegados de Antioquia para conformar el pueblo del Eje Cafetero, que sigue matizándose con la inmigración chocona y su propia movilidad interna.

LA POBLACIÓN NATIVA

Los indígenas del centro-occidente de Colombia mostraron desarrollos notables en la metalurgia del oro, en la cerámica, la explotación de las fuentes salinas, la farmacopea y en el proceso del algodón.

Los ansermas y los quimbayas fundieron el oro y lo alearon con cobre para aumentar su ductilidad y maleabilidad y obtener piezas incomparables que hoy hacen parte del Museo del Oro y de colecciones particulares de Europa y Norteamérica.¹

El oro fue abundante en los aluviones del Cauca y sus afluentes; pero el mineral de cobre es escaso en la región. No se sabe cómo los quimbayas y los ansermas obtuvieron el cobre que utilizaron para las aleaciones con oro. Es improbable que hayan reducido el metal de las vetas cupríferas de la zona quimbaya, quizás llegó por el río San Juan², o se trajo por un camino que llegaba a los confines septentrionales del imperio incaico.

Los ansermas y los quimbayas estiraban el oro y lo convertían en láminas delgadas con las cuales recubrían los recipientes cerámicos ceremoniales; también utilizaron la técnica de la cera perdida³, el repujado y el conformado. Los carrapas, por su parte, aunque no fueron tan hábiles como las tribus anteriores, dominaron el arte del conformado para obtener petos y armaduras.

¹ Cano, (1981)p. 258

² Los indígenas mantas establecieron un comercio de cabotaje antes de la llegada de los españoles. Así lo comprobó una expedición, de la que hizo parte el pereirano Alejandro Martínez, al navegar en una balsa manteña desde el Ecuador hasta Costa Rica.

³ En el proceso de cera perdida se modela la pieza en cera de abeja o de palma, se recubre con arcilla refractaria, se seca el molde y por un vaciadero se vierte el metal fundido que quema la cera y da forma a la pieza.

EL TESORO QUIMBAYA⁴

Los quindianos han tratado de recuperar parte de su patrimonio indígena, arrasado durante siglos por gUAQUEROS, por traficantes de artículos indígenas o donado abusivamente al extranjero, como sucedió con el llamado "Tesoro de los Quimbayas".

"Yo siempre creí que vuestro país era fabuloso en bienes artísticos, pero veo que lo es aún más en la nobleza e hidalguía de sus gentes" afirmaba la reina María Cristina de Habsburgo, el 11 de noviembre de 1892, en la Biblioteca Nacional de Madrid, al inaugurar la Exposición Iberoamericana que abría la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América".

"La razón de tanta admiración era sencilla: el gobierno de Colombia le acababa de hacer un regalo inesperado y regio, en el sentido estricto del término, consistente en 122 piezas de orfebrería precolombina descubiertas en el municipio de Filandia en el departamento del Quindío, y que se conocieron como el Tesoro de los Quimbayas, algo así como la versión moderna de la Leyenda del Dorado".

"Haciéndole eco a la acción el semanario madrileño "La Ilustración Española y Americana" describió el regalo como el presente más valioso que España ha recibido, de sus hijas allende el Atlántico".

"Don Jorge Holguín, entonces presidente de la República, tomó tan trascendental decisión para agradecerle a la regente española el laudo arbitral pronunciado a favor de Colombia, gracias al cual el país asumió la soberanía sobre la península de la Guajira y se definieron los derechos colombianos en las riberas del Orinoco. El asunto era importante ciertamente, pero el reconocimiento también lo fue, pues Colombia entregó uno de los más notables vestigios culturales del hombre americano".

Las comunidades aborígenes explotaban las fuentes saladas ubicadas a uno y otro lado del río Cauca. En el sitio de Opirama⁵ los ansermas llenaban las vasijas de barro con aguasal y en fogones alimentados con madera o con hulla, evaporaban el agua y obtenían bloques de sal para su consumo o para intercambiar con otras tribus. Los quimbayas utilizaron ese proceso en las fuentes de Consotá. En la misma forma los carrapas obtuvieron sal en las fuentes de Maybá⁶.

La producción indígena fue variada: Los quimbayas tejían algodón silvestre y teñían las mantas con colores vegetales tan firmes que desafiaron el paso de centurias; los irras establecieron "tianguéz" o mercados⁷ en las orillas del río Cauca, donde intercambiaban tejidos por oro, sal por armas, canastos por chontaduros. Los carrapas, expertos en el cultivo de frutas, fabricaron rodelas y armaduras de oro que asombraron a los españoles y se convirtieron, a la postre, en el desastre de la comunidad, pues los invasores torturaron a los indios y asolaron los rancheríos para robarse las piezas del valioso metal.

⁴ Bonilla María, <http://www.lablaa.org/blaa/virtual/revistas/credencial/junio1992/junio1/htm>

⁵ Esas fuentes las explotaron los quinchieños hasta 1940 y de ellas aún sigue manando agua salada.

⁶ HENAO,(2006), p. 77.

⁷ Friede, (1982), p. 41

La alimentación de los nativos se basó en el maíz que preparaban en muchas formas: con la variedad pira hacían crispetas y con el maíz capio cocinaban las arepas sancochadas. Otros cultivos, como la ahuyama, la yuca, la guatila y la arracacha hacían parte del menú, al igual que el obambo,⁸ las nueces, y el sagú, que da un tubérculo que aún se cultiva en el Resguardo indígena de San Lorenzo en Riosucio.

EL CERRO DE CARAMBÁ

Alfredo Cardona Tobón

En la carretera entre Riosucio y Anserma, sobre la serranía de Donduango, un gran cerro emerge desde el cañón del río Cauca y rompe las nubes con su pico en forma de cabeza de águila.⁹ Las tribus ansermas creían que en la cima del cerro vivían el dios Xixaraca y la diosa Michua. Eran los genios protectores que mantenían a raya a los malignos tamaracas, portadores de las plagas y a la Aribada o mensajera de la muerte.

Xixaraca regulaba las lluvias, sacaba y guardaba el sol. Michua era la Señora del Valor y de la Guerra. Desde la cima del Carambá, la diosa fulminaba a los intrusos con rayos y centellas, convertía el agua en sangre y los bejucos en víboras. En tiempo de paz Michua tomaba la forma de una venadita y en tiempo de guerra se convertía en una hermosa mujer que brindaba sus caricias a los guerreros más valientes.

Cuenta la leyenda que Xixaraca y Michua abandonaron el Batero cuando los ansermas abrazaron el cristianismo, entonces se alejaron llorando, por el cauce del río Quinchía. Sus lágrimas formaron dos cascadas que se despeñan desde lo alto del cerro y sus pies desnudos dejaron estampadas grandes huellas en las rocas de la orilla del río Grande.

COSTUMBRES DE LOS NATIVOS

Los ídolos de barro, los retablos y las figurillas de oro, muestran el profundo espíritu religioso de los indígenas, que creían en una vida después de la muerte y se comunicaban con los espíritus mediante los chamanes y los jaibanás.

Los pijaos adoraban a Lulumoy, que representaban con tres cabezas, tres brazos y seis piernas y rendían culto a Eliani o espíritu del demonio; los chocoes adoraban a Tzatzitzetze¹⁰ y los ansermas rendían tributo a Xixaraca y a la diosa Michua. La leyenda habla de Nabsacadas, un ídolo de los panches que acompañó a los alzados en armas en 1557 y ordenó a los indios que arrasaran con todo lo que tuviera que ver con el cristianismo¹¹.

HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS EN LA AUTOPISTA DEL CAFÉ

Durante las labores de rescate y monitoreo arqueológico realizado por Autopistas del Café donde se realiza su proyecto vial, el antropólogo Carlos Alberto Restrepo R. ha obtenido información valiosa de los grupos pre cerámicos y agro alfareros que poblaron la región.

⁸ El obambo está casi extinguido. Hay un pequeño cultivo en la vereda El Alto del Naranjo de Manizales. Es una enredadera con frutos parecidos a las papas, por eso también se la llama papa aérea, su sabor es similar al de la papa común.

⁹ El nombre indígena del cerro se cambió por Batero, que también es otro nombre nativo que daban a todos los batolitos que se elevan desde Cerro Plateado en Fredonia, Antioquia, hasta el cerro Opiramá en Quinchía.

¹⁰ Era el dios creador y vivía en el mundo superior de la cosmogonía de las tribus del Pacífico.

¹¹ Friede, (1982), p. 88

En el sitio denominado "Hacienda Génova" en la Variante Sur- Sur de Pereira, se han excavado cerca de ochenta tumbas que han dado nuevas pistas sobre la agricultura, la elaboración de vasijas cerámicas, la metalurgia y las costumbres funerarias de los aborígenes. De tales tumbas se obtuvieron tres fechas de radio carbono que las ubican entre los siglos X y XIV D.C y se extrajo un pectoral de oro martillado cuya fabricación puede estar entre 840 y 980 años antes de Cristo.

Según Restrepo R. las evidencias recuperadas durante las labores de monitoreo arqueológico en La Variante Sur de Pereira, permiten considerar que pertenecieron a grupos de la denominada Cultura Quimbaya Tardío o tradición Sonsoide.

Las tumbas sobre los hombros de las colinas de esa zona, mantuvieron un patrón que no se modificó sustancialmente en el periodo comprendido entre 910 y 1360 d.C .Las sepulturas indican que los grupos indígenas de ese periodo enterraban a sus muertos en pozos con cámara lateral y en pozos sin cámara. En las exploraciones, Restrepo identificó entierros primarios en posición extendida y en posición ventral, en la mayoría de los casos sobre un tendido de tierra negra. También encontró un entierro secundario, es decir en traslado de los huesos de un nativo desde una sepultura inicial a otra sepultura.

En las excavaciones se comprueba que los ajuares funerarios dependían de la posición social del individuo y estaban compuestos fundamentalmente por objetos cerámicos, líticos, metálicos y arcilla cruda con figuras antropomorfas y réplicas de metates.

Carlos Alberto Restrepo analizó restos de los sepulcros indígenas y encontró un déficit nutricional en los individuos y lesiones en columna y huesos, que muestran el medio hostil y las dificultades para sobrevivir que debieron superar los ancestros. Aunque no se registraron sitios de vivienda, el antropólogo sugiere que los ranchos nativos se construían en el centro de una terraza, con basureros en forma de hoyos cónicos ubicados muy cerca de las chozas.

En los basureros se encontraron instrumentos líticos como manos de moler, metates o bateas de piedra, hachas, raspadores, cortadores y rompecocos para triturar las nueces, que junto con el maíz eran parte importante de la dieta alimenticia de los nativos.

Las crónicas españolas registraron algunas costumbres nativas: los ansermas momificaban sus muertos; los carrapas enterraban a sus caciques con las armas, los plumajes, sus mujeres y los sirvientes; los pijaos se deformaban la cabeza con tablas que fijaban desde el nacimiento de la criatura, andaban desnudos y se pintaban de rojo con bija o achiote.

Los indígenas construían sus chozas con guadua y las techaban con palma o con iraca. Los pequeños rancheríos, pues no existieron grandes poblados ni ciudades importantes, estaban rodeados de arboledas de guamos, chontaduros y guamas, a menudo protegidos por "quinchos" o parapetos que remataban con los cráneos de los enemigos muertos en combate o de los prisioneros que sacrificaban y devoraban, pues parece que no desdeñaban la carne humana. Los pijaos levantaban sus viviendas separadas unas de otras y se reunían convocándose por medio de fogatas que encendían en los cerros más altos.

El gobierno de los caciques era despótico, disponían de los súbditos a su antojo y los obligaban a trabajar en los aluviones auríferos y en los campos. Las crónicas españolas mencionan a Chiricha, Señor de los pirsas y tapascos, que los indios transportaban en palanquín y sentaban en el regazo de sus mujeres para que sus pies jamás tocaran tierra; nombran a Cananao, cacique de los irras y aliado de Robledo; a Ouczca, cacique de los tabuyos, que pagó con su vida

su rechazo a los invasores europeos y hablan de Pimaná, señor de los paucuras.¹²

Existen pocas referencias sobre las fiestas y celebraciones nativas. Los ansermas organizaban unos torneos de lucha donde corría la chicha; los cocuyes o armas celebraban sus triunfos con libaciones de chicha mezclada con tabaco¹³ y los quimbayas bailaban en las ceremonias rituales al compás de los tambores; así narra Fray Jerónimo Escobar

*"Cuando salían a sus fiestas y placeres en alguna plaza, juntábanse todos indios, y dos de ellos con sus atambores hacían son; donde tomando otro la delantera, comienzan a danzar y a bailar; al cual todos siguen, y llevando cada uno de la vasija de vino en la mano; porque beber, bailar, cantar, todo lo hacen al mismo tiempo. Sus cantares son recitar a uso los trabajos presentes y recontar los sucesos pasados de sus mayores"*¹⁴

LA RESISTENCIA INDÍGENA

Las rivalidades entre las tribus de la región facilitaron el dominio de los españoles que disponían de mejor armamento, tenían experiencia guerrera tras luchar por siglos contra el Islam y los empujaba el deseo de enriquecerse a cualquier costo, sin que hubiera Dios ni autoridad que los sujetara.

Las avanzadas de Belalcázar, Robledo y Vadillo entraron a la región, atropellando el mundo de los tapascos, los pirsas, pozos, palenques y cocuyes. En 1538 la tropa de Vadillo se desplegó como langosta desde la costa de Urabá y en territorio anserma arrasó ranchos y cultivos y arrebató el oro que los indios acumularon tras siglos de barequeo en ríos y cañadas.

Al llegar Vadillo al poblado del cacique Chiricha el viento silbó lúgubrememente al pasar por las cuencas de las calaveras enclavadas en las guaduas, Los indígenas buscaron refugio en el cerro Carambá implorando la ayuda de Xixaraca y de Michua, que enmudecieron, aterrados con los gruñidos de los perros rabiosos y el tronar de las armas de fuego. Vadillo continuó sus tropelías, internándose cada vez más en territorio Anserma hasta que se topó con Jorge Robledo, que avanzaba desde el sur después de arrasar las aldeas de Guaruma y Nacor.

En 1540 todo estaba consumado; Vadillo deja el campo libre a Robledo, al verse acosado por el gobernador de Cartagena que lo acusa de malos manejos. Robledo mediante el terror y la diplomacia consolida su poder y con el apoyo de los irras cruza el río Cauca y emprende una campaña contra las tribus de la banda derecha del río Cauca. Los españoles someten fácilmente a los carrapas, los suman a sus filas y tras breves escaramuzas, hacen lo mismo con los indios pícaras.

¹² Ocampo, (1993), p. 148

¹³ Ibidem, (1993). p. 69

¹⁴ Fray Jerónimo Escobar citado por Otero D'Acosta en Archivo Historial de Manizales. p. 393.

En marzo de 1540, los indios pozos enfrentan a los españoles y causan graves heridas al conquistador Jorge Robledo. Sus lugartenientes Rodríguez de Silva y Suer de Navas continúan la campaña con horripilante sevicia, azuzan a los perros de presa que marchan en la vanguardia y despedazan a los indios que despavoridos ante los caballos y las armas de fuego, se despeñan por los riscos, o se internan en campo de otras tribus que los hacen prisioneros y luego los devoran.¹⁵

Las huestes de Robledo invaden los dominios paucuras y los someten fácilmente, pues atemorizados con las atrocidades españolas, se rinden sin oponer resistencia. La marcha continúa en son de triunfo hasta los dominios cocuyes o armados; como lo describe Fernández de Piedrahita:

*"No teniendo que hacerse en Paucura, se encaminó Robledo a la parte occidental en demanda de la provincia de Arma...por lo cierto que la provincia es buena, llana y fértil de semillas y raíces y sobre todo rica de minerales de oro. Sus moradores habitaban en los altos y laderas de las serranías que tiene, en casas redondas y capaces de quince a veinte familias. Hallábanse medrosos con la fama que entre ellos corría de que los españoles partían el cuerpo de un hombre de un golpe de espada y de un bote de lanza los atravesaban, y lo que más les ponía horror era la ponderación que se hacía de la furia con que la jara salía de la ballesta y velocidad que llevaba, a que comparaban la presteza y ferocidad de los caballos y perros."*¹⁶

En abril de 1540 los cocuyes traban combate protegidos con yelmos de oro, al son de bocinas, tambores y flautas y en medio de un griterío infernal. Los soldados de Robledo armados de ballestas y auxiliados de perros resisten el ataque inicial; luego entran en acción los jinetes. Al ver los caballos los cocuyes abandonan la lucha, dejando en el campo numerosos muertos.

Para impedir el alzamiento de los cocuyes, Robledo reunió a sus caciques, los encerró en un bohío y les mutiló sus miembros. Creía que en esa forma los indígenas no se atreverían a desconocer su autoridad. Pero no fue así; por décadas los nativos acosaron a los invasores, hasta que diezmados por la guerra, las enfermedades y los desplazamientos desaparecieron de la región.

La leyenda de El Dorado y de los tesoros fabulosos de las montañas de Hervé empujaron a los españoles hacia las tierras de los pantágoras situadas en la margen occidental del río de la Magdalena. Baltasar Maldonado emprendió la primera campaña a principios de 1540 y avanzó sin tropiezos hasta el río Guarinó; pero de allí en adelante se confabularon los indios con la naturaleza hostil, para dificultar a cada paso la marcha de la expedición militar, cuyo fracaso fue total al intentar tomar una aldea indígena que resistió durante cuarenta días el embate de cañones y torres de asalto.

En 1549 Francisco Nuñez de Pedrosa ataca a los pantágoras y en cercanías de Guacotá incendia una aldea indígena, cuyos habitantes prefieren morir

¹⁵ Ocampo, (1993), p. 120.

¹⁶ Fernández de Piedrahita, (1973).Vol. 1.p.421 y 422

calcinados antes que entregarse al invasor; así lo expresa Rafael Florencio en su trabajo sobre Pensilvania, Caldas:

*"Y se vio en esa loma- narra el cronista Aguado- un triste y calamitoso espectáculo, tal que a los propios causadores de él puso muy grande lástima y compasión, y se arrepintieron entrañablemente de haber sido causa de una gran crueldad, porque veían arder en las llamas de fuego, no solo a los guerreros e indios mayores, y mancebos muchachos, pero a muchas mujeres de todas suertes, con sus criaturas, niños y niñas pequeños, a los pechos, que difuntos como estaban y sorroscados de la candela, parecía estar su sangre pidiendo justicia de la injusticia y crueldad con que ellos se había usado."*¹⁷

Los rumores de grandes riquezas en el Chocó impulsan al capitán Gómez Fernández a organizar una expedición en 1540. Gómez alcanza las cabeceras del río San Juan y retrocede ante la feroz resistencia de los aborígenes.

Las tribus del Chocó pararon los embates españoles y sostuvieron una tenaz ofensiva contra las fundaciones europeas cercanas a sus dominios. La guerra contra esas tribus duró más de un siglo y se sostuvo con tropas españolas acantonadas en Anserma, Santa Fe de Antioquia y Toro y el concurso de las tribus sometidas, cuyos jóvenes se reclutaron para combatir y para transportar las provisiones de las campañas. El cronista Juan Velasco describe la penosa situación de las fundaciones europeas en esos tiempos de conflicto:

"Hallándose las fundaciones de Toro, Anserma y Cartago en tranquila paz y sus habitantes con las armas dispuestas y olvidadas, atentos solamente al trabajo de la minas y de sus granjas, y al de criar diversos ganados mayores que se iban multiplicando a la maravilla, comenzaron las cuatro tenencias a ser perturbadas por las bárbaras naciones desde 1560."

"Dieron muerte a bastante número de españoles en las emboscadas de los caminos, infestándoles de modo que apenas podían pasar de unas ciudades a otras. Saquearon diversas veces los pueblos de los indios reducidos y las granjas de los españoles y se llevaron a sus países los ganados de que iban llenando los caminos".

En 1601 una ataque coordinado de las tribus del Chocó puso en jaque el poder colonial. Los noanamaes destruyeron el campamento militar de Guntras en la entrada del Chamí y marcharon contra la población de Anserma, que se salvó gracias a la intervención de los quinchías, guáticas y tabuyos que al sentirse amenazados lucharon contra los atacantes. Los indígenas zitaraes se apoderaron de la ciudad de Toro, asesinaron a más de la mitad de los españoles, raptaron a sus mujeres y quemaron la ciudad. Cartago resistió el ataque de los chocoes, pero la Villa de Arma cayó ante el empuje de los indios pozos.

En 1684 el cacique Rodrigo Quiruvinda encabezó la última rebelión de los chocoes que barrió con blancos, negros y cristianos de las márgenes del Atrato y de las selvas del Chamí. Fuerzas combinadas de Popayán, Santa Fe de Antioquia y de

¹⁷ Florencio Rafael, (1961), p. 30

Anserma hicieron frente a Quiruvida, lo apresaron con otros treinta compañeros y los fusilaron en la población de Lloró.

Los pijaos no se plegaron al invasor. Con su táctica de guerrillas se mimetizaban entre el monte, evitaban la lucha en campo abierto y atraían al enemigo hacia los riscos para acosarlo desde las alturas con dardos y con piedras. Los pijaos atacaban de día y de noche, fueron la mayor pesadilla de los españoles en una lucha larga y sangrienta. En 1567 el capitán Bartolomé Talaverano perdió en una emboscada gran parte de la tropa, en 1591 los nativos derrotaron al gobernador Bernardo Mújica y poco después acabaron con las fuerzas de Hernando Arias y de Gregorio Astigarreta.

El capitán Domingo Bocanegra dedicó su vida al exterminio de los pijaos. Por cuenta propia o con recursos de la Corona ataca a los nativos en sus antiguos dominios; en 1603 dirigió un ataque para vengar la muerte de un hijo y de un sobrino del gobernador de Popayán, remontó el río La Paila y llegó hasta el sitio de Aposentos en el Quindío, donde tenía su cuartel uno de los caciques principales:

"A Calarcá- informó Bocanegra a las autoridades coloniales- y a todos los demás quemé casas, talé sus sementeras y comidas de todo género, platanales y árboles de fruto y palos de bija, que ellos tienen en gran estima, sin dejarles tinajas, ni ollas, ni matas, ni calabazos, que es pérdida grande para ellos y lo sienten en extremo".

Los pijaos hostigados por las tropas de Ibagué y de Popayán se desplazaron de un lado a otro y acosaron en forma repetida a Buga, a Roldanillo y a los pueblos quimbayas en busca de comida, mantas y mujeres, que posiblemente faltaban en sus precarios campamentos.

De 18.000 guerreros pijaos que se calcularon en 1565, ya quedaban muy pocos en 1591. *"La reducción- afirma Juan Friede- obedeció a las bajas en los combates y a la esclavitud, pues los prisioneros se tomaban como botín de guerra y jamás regresaban a la tribu".*

En 1542 el establecimiento de las encomiendas lanzó a los quimbayas a la revuelta. El ataque del capitán Andrés Gómez a las aldeas de Yugunacó y Oruma atizó el conflicto ¹⁸; los indígenas asesinaron a curas doctrineros, a varios encomenderos, a numerosos esclavos negros y pusieron sitio a Cartago. La expedición del capitán Salinas rompió el cerco y dispersó a los panches y pijaos que se habían unido a la rebelión, mientras la columna de Alonso Fuentelabrada atacaba a los bugas y neutralizaba un ataque quimbaya.

EL ANIQUILAMIENTO DE LOS NATIVOS

A más de la guerra, la viruela y la gripa, el trabajo forzado y los desplazamientos masivos contribuyeron a mermar en forma dramática la población americana. Al aniquilamiento físico de las comunidades indígenas se le sumó el cultural, pues

¹⁸ Friede, (1982), p. 54.

los españoles borrarón los dialectos, las costumbres y las creencias nativas para implantar el castellano y su modo de vida y facilitar la explotación de los vencidos.

Para justificar sus acciones, los conquistadores quisieron hacer creer al mundo occidental que los habitantes de América eran crueles, bestiales e incapaces de asimilar la civilización europea y llegaron hasta afirmar que los indígenas no tenían alma.

La devastación de los pueblos americanos se conoció en Europa merced a las denuncias del padre De Las Casas y otros religiosos, cuyo clamor hizo que el papa Julio III declarara en su bula "Sublimus Deus" que los indios eran capaces de abrazar la nueva fe con conocimiento y les reconociera su derecho a vivir en libertad.

Las buenas intenciones de las altas autoridades eclesiásticas se estrellaron con la intransigencia de los españoles, su odio contra los infieles y con la inquisición religiosa. Los frailes y doctrineros consideraron las culturas autóctonas como diabólicas y pecaminosas. Para los misioneros, a menudo ignorantes y ambiciosos, lo que no iba con su religión era maligno, sucio y aberrante y les daba pie para justificar sus atropellos.

Los franciscanos, los jesuitas, los agustinos y posteriormente los claretianos y lauritas arrasaron los valores ancestrales. En internados, o sitios especiales llamados doctrinas, los religiosos concentraban a los indios para enseñarles el catecismo, cambiar sus dialectos por el castellano y acostumbrarlos a la civilización occidental. Las doctrinas desvertebraron la familia indígena y fueron nefastas para la economía de los nativos, pues mozos y niños de ambos sexos, pasaban gran parte del tiempo en las actividades que giraban alrededor de las iglesias y capillas.

Los indígenas no aceptaron de buen grado tales doctrinas. En realidad ellas dieron motivo para alzamientos y rebeliones, como lo expresa en 1557 el cacique irra, Capirotama:

"...que no era bueno dar indios al Avemaría, porque habían entendido que en Anserma habían dado muchos muchachos para el Avemaría y también en Cartago... que les pedirían a ellos, como a los demás, y que los irras no tienen muchachos, que ¿de dónde los tendrían que buscar?- Por eso dicen los indios que quieren pelear contra los cristianos y matarlos".¹⁹

La desaparición de los indígenas fue acelerada. En 1585 el gobernador de Popayán Juan de Tuesta Salazar visitó la región de Cartago con la intención de "ver la población y reducción de los naturales de estas Indias". El funcionario constató la precaria situación de los naturales, apenas a medio siglo del dominio europeo, e informó que la mayoría de los quimbayas vivían "dispersos y apartados y fuera de congregación y de todo uso de razón y ayuntamiento y policía".

¹⁹ Friede, (1982), p. 84

El gobernador reunió una junta de vecinos con frailes y doctrineros para buscar estrategias que permitieran reunir a los indios que vagaban en la soledad de "arcabuces, montes y valles ocultos, cada uno solitario y de por sí"²⁰, pero poco se logró por el temor y desconfianza de los naturales y el acoso de los pijaos con sus continuas entradas al antiguo dominio de los quimbayas.

A mediados del siglo XVI el Obispo de Popayán, Juan del Valle, denunció las crueldades de encomenderos y capitanes españoles, que destrozaban con perros, empalaban y quemaban vivos a los indígenas y acusó al oidor Francisco Briceño, de asolar la zona de los armas, paucuras y carrapas, ya de por sí despoblada por la guerra, al sacar de la región gran cantidad de indios adultos y niños, dispersarlos por las minas de Popayán y Quito o llevarlos a las encomiendas de Santa Fe.

En 1627 el oidor Lesmes de Espinosa y Saravia visitó las regiones de Cartago y reunió varias comunidades dispersas en las aldeas de Nuestra Señora de las Nieves y en Pindaná de los Cerrillos. La vida de la primera aldea fue efímera y Pindaná sobrevivió hasta fines del siglo XIX, cuando su gente se diluyó entre la peonada antioqueña.

Las comunidades nativas también mermaron en territorio Anserma. Para sostener la guerra con los chocoes, las autoridades coloniales echaron mano a los varones de las tribus de esa región para utilizarlos como cargueros o incorporarlos a las columnas combatientes. Pocos sobrevivieron a los ataques o las inclemencias de la selva, dejando sin brazos los cultivos, como lo manifestaron los caciques de Guática, Chápata, Opirama, Tabuyo y Andica en noviembre de 1628 en queja que enviaron a la Real Audiencia, donde decían que las continuas levas estaban arruinando las parcialidades.

LOS NATIVOS SOBREVIVIENTES

Los pantágoras, los pijaos, carrapas, paucuras y los irras desaparecieron; se perdió la huella de los pozos y de los zitaes; los noanamaes y tatamaes se internaron en las selvas del Pacífico y los quimbayas y carrapas que se salvaron de las enfermedades y la violencia, se desplazaron a otras tierras o se fundieron en el crisol del mestizaje.

Al finalizar la colonia la trama racial de la región tuvo como base, principalmente, a los descendientes de algunas tribus ansermas que se salvaron del exterminio gracias al oidor Lesmes de Espinosa y Saravia. En 1627, el oidor agrupó a pirsas y curicamayos en el Resguardo de la Montaña; reunió a varias familias pirsas y carrapas en las aldeas de Supía y de San Lorenzo, y trasladó a los indios de Sopinga a un pequeño valle al lado del río Guática.

Los resguardos remplazaron a las antiguas encomiendas y dieron una luz de esperanza a los nativos. En la nueva organización el alcalde indígena remplazó al encomendero y un Cabildo de la comunidad constituyó el puente entre el gobernador colonial y los vecinos del Resguardo. Esta nueva organización

²⁰ Peña, (2003),p. 44

contaba con su propia policía y permitía que los indios explotaran un territorio con sus minas, salados y bosques, y establecieran labranzas familiares y comunales.

La corona española protegió los resguardos, pero al empezar la república, lo primero que hicieron los criollos fue desmantelar los resguardos de la Sabana de Bogotá, para apoderarse de la tierra de los indios.²¹ En 1875 el gobierno del Cauca autorizó a los administradores de los resguardos para que vendieran las propiedades y los indígenas se quedaron sin tierra.

LOS RESGUARDOS EN LA ÉPOCA REPUBLICANA

A principios del siglo XIX, en la banda del río Cauca, entre los ríos Arma y La Vieja, solamente se conservaba el Resguardo de Pindaná de los Cerrillos. En cambio en la orilla izquierda, entre el río Cañaveral y la quebrada Arquía, la zona poblada estaba ocupada por numerosos resguardos, algunos con muy pocos vecinos como Tachiguí, Tabuyo y Arrayanal y otros con numerosos habitantes como Quinchía, el Resguardo de Guática, los resguardos de La Montaña, Quebralomo y San Lorenzo en Riosucio y los Resguardos de Supía y Marmato.

Cada una de esas comunidades tenía su propia historia y vivía problemas particulares; aunque les sobraba tierra, carecían de instrumentos e instrucción para explotarla; su economía era de subsistencia, no contaban con pastos mejorados ni ganadería mayor, consumían poca carne y proteínas y su presencia como grupo étnico y social, era irrelevante en la provincia de Toro y y mínima en el Estado del Cauca.

Las parcialidades ocuparon las tierras de temperatura media y dejaron deshabitadas las zonas frías y las cálidas a orillas de los grandes ríos. Por ello los paisas entraron a las partes altas de los resguardos de la banda izquierda del río Cauca, sin oposición de los nativos, y lo mismo hicieron con las riberas del Cauca.

La banda derecha y las vertientes del Magdalena permanecieron deshabitadas, pues los chamíes, que ocuparon territorios abandonados por otras tribus, no pasaron el río Cauca y las tribus del Tolima no se desplazaron hacia el norte de ese Estado.

Para explicar algunos fenómenos de población debemos ubicarnos en los siglos coloniales y en el siglo XIX y mirar la situación de las comunidades nativas en esas épocas:

El resguardo de Tabuyo

En 1575 la población de Anserma se componía de 48 españoles y cinco mil indígenas repartidos en treinta comunidades²². A fines del siglo dieciocho los encomenderos y autoridades coloniales, junto con clérigos y frailes,

²¹ Liévano, (1978), p. 619

²² El nombre de algunas comunidades quedaron en la toponimia local: Upirama, Tabuya, Guética, Andica, Chátapa, Guacaica, Apía, Umbría, Pirsá y Pipintá.

abandonaron la aldea y fundaron la población de Ansermanuevo en un sitio cercano a Cartago. No obstante, el viejo Anserma, arruinado y despoblado continuó existiendo. Allí quedaron algunos mineros y los indígenas tabuyos, que paulatinamente se desplazaron hacia la antigua aldea, que se convirtió en centro del Resguardo.²³

La guerra de la Independencia y las luchas fratricidas que asolaron ese corredor entre el Cauca y Antioquia, impidieron el progreso del Resguardo, en tal forma, que hacia 1875 apenas contaba con 700 vecinos. La presión colonizadora y los intereses políticos hicieron que el gobierno de Popayán autorizara la venta de las tierras de los resguardos indígenas del norte del Cauca, lo que marcó el final de los tabuyos, que vendieron, cedieron y malbarataron sus tierras²⁴ hasta convertirse en peones de los invasores antioqueños.²⁵

El resguardo de Tachiguí

En la época colonial, Tachiguí aparece como una doctrina franciscana y luego como una aldea indígena en el camino de las Ansermas. Fue una localidad de tránsito y como tal, se vio sujeta a los avatares de los conflictos armados.

Después de la guerra de 1876, los pocos vecinos que permanecieron en el caserío repartieron las 8525 hectáreas del Resguardo entre 36 comuneros cabezas de familia. Otro gran lote, ubicado en las faldas del Tatamá se pierde por falta de títulos y se considera como un baldío de la nación. En las 51 hectáreas reservadas para levantar una población, los paisas y los nativos construyen la aldea de Arenales y como sucedió con los tabuyos, los tachiguíes se pierden entre la peonada antioqueña.

El resguardo de Guática

Las tierras frías que asignó Lesmes de Espinosa y Saravia a los guatiqueños apenas daban una cosecha de maíz al año. La comunidad intentó extender sus cultivos a la zona cálida de Opirama, pero los quinchieños se opusieron y se suscitó un conflicto donde tuvo que terciar el gobierno español para impedir la confrontación armada.²⁶

La población guatiqueña fue escasa en número, debido principalmente a los desplazamientos forzados a las minas de oro de Quebralomo, y la emigración de los vecinos en busca de mejores tierras o de alimento en épocas de hambruna por sequías y langosta.²⁷ Sin embargo, parece que individuos de otras comunidades se radicaron en poco número entre los guatiqueños. Un censo efectuado en 1815 arrojó la cifra de 255 guatiqueños, con apellidos de distinta procedencia como Batero y Taba de raíces pirsas; Última y Tabarquino de Antioquia, Mápura de origen quinchieño y Arandia de la familia Chocó.

²³ Notaría de Anserma, documentos sin clasificar.

²⁴ Cardona, (1990), p.. 40

²⁵ El sonsoneño Pedro Orozco repobló la aldea de Ansermaviejo con colonos del sur de Antioquia.

²⁶ Cardona, (1989), p.. 29

²⁷ Archivo sin clasificar del Resguardo de Guática.

Los guatiqueños desdeñaron sus territorios más fríos, que los paisas utilizaron más tarde con cultivos de frijol cargamento y ganado blanco orejinegro. Los paisas iniciaron la ocupación de las tierras altas hacia 1870, y a mediados del siglo XX, no sólo se habían adueñado de las partes altas, sino también de las tierras medias del Resguardo.

El resguardo de Quinchía

En los primeros años de la colonia, los franciscanos agruparon a los tapascos, los mápuras y opiramaes en una doctrina ubicada en una hondonada cerca del río Quinchía. El pueblito vegetó sin gloria durante siglos. "Pueblo miserable- lo llamó don José Manuel Restrepo- cuando cruzó el caserío en la época de la reconquista española, llevando consigo los caudales de Antioquia."²⁸

El 29 de noviembre de 1888, con repique de campanas, los habitantes de Quinchiviejo abandonaron la hondonada y trasladaron sus ranchos al sitio donde hoy se levanta el poblado. La nueva fundación tuvo importancia durante los gobiernos radicales, pues como aliados de los caucanos liberales, los quinchieños constituyeron la punta de lanza en una región eminentemente conservadora.

Mientras duró la hegemonía liberal, se frenó la intromisión antioqueña al Resguardo. Durante la Regeneración de Nuñez, los políticos conservadores intentaron apoderarse de las minas y los salados de la parcialidad, pero se encontraron con una resistencia tenaz, que volvió a verse durante la violencia partidista de mitad del siglo XX.²⁹

UNA SEÑAL DIVINA

Alfredo Cardona Tobón

Debido al escabroso camino de acceso a la aldea, y ante la falta de agua, los quinchieños buscaron un sitio conveniente para levantar una nueva población. Como no pudieron ponerse de acuerdo con el punto adecuado, tras muchos debates dejaron la solución del problema en manos de la Virgen Inmaculada, patrona de la comunidad.

Con gran devoción los comuneros de la parcialidad cargaron la imagen y la pasearon en andas por el extenso territorio del resguardo, en espera de una señal divina que indicara el sitio para el nuevo poblado. Tras largas jornadas, uno de los cargueros resbaló y la Virgen se fue de bruces sobre la trocha. Allí empezaron a levantar la iglesia y a su alrededor ubicaron los ranchos pajizos que llevaron en vilo desde la antigua aldea.

Tuvo excelente ojo la Santa Patrona, pues escogió una pequeña planicie, rodeada de cerros hermosos, buena tierra, agua abundante y facilidad de acceso, donde se fundó el nuevo Quinchía, que la gobernación de Risaralda, señaló, hace pocos años, como el pueblo más lindo del Departamento.

LOS RESGUARDOS DE RIOSUCIO

²⁸ Cardona, (1989),p.. 32

²⁹ Cardona, (2004), p. 40

A pocos kilómetros de la ciudad de Riosucio, sobre la carretera que lleva a Medellín, está el caserío de Quiebralomo. A lado y lado de la vía se encuentran improvisadas ventas de naranjas y aguacates, guamas, madroños y chontaduros. De los toldos cuelgan jaulas con turpiales y ardillas prisioneras que chillan exigiendo la libertad conculcada; en los travesaños se ven sartales de chinas, bateas de palo, chiquichoques y nalgas de ángel³⁰.

La lucha tenaz por la supervivencia en medio de los minifundios muestra un Quiebralomo muy diferente al "Real de Minas" de tiempos de la colonia, que fue asiento de encomenderos y tumba de los aborígenes esclavizados en sus socavones. En la independencia Quiebralomo sufragó en gran parte la expedición de Baraya contra el gobernador Tacón y Rosique y figuró en los anales caucanos como una población importante.

En 1819 el resguardo de la Montaña se unió al resguardo de Quiebralomo para constituir la población de Riosucio, que a partir de 1842 se convirtió en un distrito que rápidamente tomó la delantera en el Cantón de Toro.

El resguardo de La Montaña

El resguardo de La Montaña, nació por orden del oidor Lesmes de Espinosa y Saravia, y vivió su mayor esplendor durante el curato de 54 años del presbítero Bernardo Cataño Ponce de León.

El padre Cataño convirtió una comunidad pobre en una parcialidad exitosa, con minas propias, cultivos en tierra media y caliente, marraneras y comercio por el Atrato, por donde sacaba oro y traía mercancías, con indios cargueros contratados en el Chocó³¹. El boato de la parroquia fue asombroso; en febrero de 1744 el padre Cataño inauguró un gran templo con asistencia del Obispo de Popayán y se ofició con cálices de oro e incrustaciones de esmeraldas. Frente al altar de la Virgen de la Candelaria ardían día y noche centenares de cirios, y flores frescas engalanaban el templo cuyo culto se sostenía con el oro de una mina que regalaron los fieles a su patrona.

El sacerdote Bonifacio Bonafont siguió los pasos del padre Cataño. Este socorrano, exiliado por los centralistas de Cundinamarca, unió los poblados de La Montaña y Quiebralomo para dar origen a Riosucio. Fue un cura de empresa y un patriota que sembró el amor a la libertad en la parroquia, cuyos jóvenes oyeron el llamado de Bolívar para marchar al Perú a luchar contra los realistas³².

El resguardo de San Lorenzo

³⁰ Los chiquichoques y las nalgas de ángel son alimentos de la zona fabricados con maíz.

³¹ Documentos sin clasificar del Archivo de Riosucio

³² Calvo, (1963),p.70

El oidor Lesmes de Espinosa agrupó familias pirsas movilizadas desde Arma con otras pirsas en la aldea de San Lorenzo.

San Lorenzo fue un resguardo pobre, enclavado en tierra buena pero escasa, donde los comuneros han vivido estrechos en innumerables minifundios. Su gente fue la fuerza de choque de los políticos conservadores del norte del Cauca, aliados con los antioqueños en las sangrientas épocas del dominio radical.

En 1889 los vecinos organizaron un Cabildo Indígena que funcionó hasta la repartición de las tierras comunales en 1930. Hoy, San Lorenzo es una zona superpoblada, dedicada al cultivo del café y de la caña de azúcar en medio de situaciones conflictivas creadas por la pobreza. Después de muchos años se restableció el Cabildo indígena y los vecinos intentan revivir sus tradiciones, aprender la lengua chamí que olvidaron y recuperar las tierras que cedieron o vendieron en décadas pasadas.

Resguardo de La Escopetera

En 1773, el resguardo de La Montaña compró unas tierras cercanas al río Cauca a Doña Catalina Jimenez, esposa del alcalde de Anserma,³³ y las dedicaron al cultivo del maíz y al levante de cerdos; allí creció una parcialidad que empezó llamándose La Escopetera y hoy se le conoce como Bonafont. En la aldea situada al pie del cerro Picará, se agruparon indígenas de La Montaña y de Quinchia. En las luchas partidistas la gente de Bonafont apoyó la causa radical y se enfrentó a los nativos de San Lorenzo, que luchaban en el bando conservador. A mediados del siglo veinte la comunidad fue víctima de los atropellos del bandolero que se conoció con el alias de “Capitán Venganza”³⁴ y en épocas recientes Bonafont, al igual que San Lorenzo y otras comunidades indígenas son blanco de grupos irregulares que han sembrado el terror entre las parcialidades.

LOS INDÍGENAS DEL CHAMÍ

En el siglo XVIII los españoles concentraron los nativos dispersos en las selvas del Chamí en las aldeas de San Juan del Chamí y San Antonio de Tatamá. Los aborígenes explotaban oro en las quebradas y arroyos durante los meses de verano y transportaban mercancías desde las minas de Quebralomo y Supía hasta el Arrastradero de San Pablo, entre el San Juan y el Atrato.

El censo de 1770 arrojó la cifra de 198 indios tributarios en San Juan de Chamí y 53 tributarios en San Antonio de Tatamá. Esos caseríos desaparecieron a fines del siglo XIX y apareció la aldea de Arrayanal, donde se asentaron algunos mestizos caucanos y los indios de las viejas poblaciones del Chamí.

Como los comuneros no contaban con títulos que acreditaran sus derechos sobre las tierras que ocupaban, los cabildos de Arrayanal y del Chamí nombraron en 1903, un apoderado general para que buscara los títulos que se suponía reposaban en algún archivo bogotano. El abogado Marco Tulio Palau

³³ Juzgado Segundo civil de Riosucio, documento sin clasificar.

³⁴ Cardona,(2004),p. 36

realizó algunas gestiones legales y en pago de sus servicios escogió un gran lote, que abarcó las dos terceras partes del extenso resguardo.

En la segunda década del siglo XX muy pocos indígenas descendientes de las castas autóctonas sobrevivían en el territorio el Chamí. En parte debido a la tuberculosis y a la viruela y por el grado de desnutrición y alcoholismo que trajo al territorio la presencia antioqueña. A los territorios desiertos llegaron nuevas comunidades desde las selvas del Chocó, que se unieron a los pocos indígenas de la zona y conformaron los modernos resguardos. Clemente Nemgarabe, uno de los indígenas más ancianos de la región de Purembará, habló de ese nuevo poblamiento, que empezó hace unos 120 años con gente del Chocó y luego con indígenas llegados de Antioquia. *"Del río Anquima para abajo somos todos una misma raza- dijo Nemgarabe- los indios de San Antonio no son de los mismos , sino que vinieron de Caramanta."*³⁵

La población indígena del Chamí no es homogénea, como aseguraba Nemgarave, los de Purembará vinieron del Chocó y los de San Antonio son oriundos del Jardín, de Andes y de Bolívar, en Antioquia. Divisiones atizadas por los políticos de Pereira y por las comunidades religiosas han terminado por ubicar a los nativos en dos resguardos, separados por el río San Juan. En 1922 el departamento de Caldas les arrebató 22.000 hectáreas para fundar una colonia penal.

A partir de 1930 los colonos blancos "aprendieron que era más fácil tarea la de hacerse a las mejoras y desmontes de los indios, en lugar de dedicarse a la titánica lucha de abrir ellos mismos la selva. Y no escamotearon ningún medio para conseguirlo: el engaño para convencer al indio de vender barato, a menos precio, el pago de la tierra en objetos de poco valor (ruanas, machetes y hasta alcohol impotable), presiones de todo tipo para obligar a quienes no querían vender y, no podía faltar la ocupación descarada, la usurpación directa y apoyada por las autoridades, de la tierra del indio." ³⁶

LA POBLACIÓN NEGRA

Los negros entraron a la región con las tropas de Vadillo y posteriormente como esclavos para explotar las minas de oro de Ansermaviejo. Venían de la costa occidental del África y del norte de ese continente y su origen era mandinga, carabalí, arará, chamba, congo y angola.

La civilización negra era superior a la indígena en la metalurgia, las artes, la crianza de ganado y la agricultura; por ello los españoles empleaban a los africanos en las labores domésticas, en el manejo de las haciendas y trapiches y en la supervisión de los trabajos mineros.

La resistencia nativa y la disminución de la población americana dieron argumentos a los esclavistas para intensificar la traída masiva de los negros. El negocio era redondo para los traficantes que salían de Cádiz con mercancías,

³⁵ Vasco , (1975), p. 16.

³⁶ Ibidem , p. 32

las cambiaban en África por esclavos, fijaban rumbo a suelo americano y de allí regresaban a Europa con oro y plata.

Las crónicas de 1570 hablan de las explotaciones mineras de Jacinto Arboleda en el Chamí realizadas con esclavos negros. En 1592 el licenciado Francisco de Anunzibay ³⁷ solicitó un permiso al Consejo de Indias para traer esclavos a las minas de oro de Cartago, Arma, Anserma y Caramanta, pues dice que quedan pocos indios ya que los pijaos, los anaimas y otras tribus antropófagas bajan a pelear a los establecimientos cristianos y "*comer a los nuestros de paz, con grande afrenta a los españoles*". Agrega Anunzibay que con ello se hace un gran favor a los africanos al sacarlos de su idolatría y darles la gracia del cristianismo.

EL CARIMBEO

La carimba era similar a una marca de ganado, con una placa metálica con letras o símbolos en relieve y en el otro extremo de la barra un mango aislante de madera. El carimbero u operador del instrumento calentaba la placa al rojo y la asentaba en la espalda, en el antebrazo derecho, en el pecho izquierdo o encima de la teta derecha, y no faltaron quienes estamparan la marca en la cara del pobre esclavo.

Esta operación terrible era para legalizar la entrada del africano y garantizar que no entraba de contrabando sin pagar impuesto al rey. Esas marcas de fuego comenzaban en las costas africanas donde señalaban al supuesto bautizado y se completaban en las aduanas de tierra firme americana.

"El carimbero- dice Lemaitre- se hallaba con delantal de cuero ante un fuego en rescoldo. Al lado, pendiente de una tabla clavada verticalmente en la tierra, tenía un alfabeto con letra de alambre de plata y otras figuras. Al llegar un esclavo, que le traían amarrado, le trataba con grasa la tetilla o el seno izquierdo, cubría luego el lugar con un papel aceitado y le aplicaba suavemente la marca real con una R mayúscula bajo la corona real, y seguidamente, entre los gritos de dolor de la víctima, practicaba la misma operación estampando la marca propia de la Compañía asentista en el omoplato izquierdo. Un olor a carne asada se esparcía por el ambiente, y como eco del sufrimiento del desdichado esclavo, subían las columnillas de humo que se desintegraban en el hediondo ambiente del corralón" ³⁸.

Con la declinación de la producción aurífera mermó la demanda de esclavos. Entre 1611 y 1614 apenas se negociaron diez negros en Anserma y Cartago y en 1627 tan solo se contaban 234 africanos en las minas de la región, que los amos trasladaron posteriormente a explotaciones más productivas en el sur de la Nueva Granada, o murieron a manos de los chocoes en los ataques de las tribus levantiscas.

La legislación española protegió muy poco a los negros, que estuvieron por siglos sujetos a los caprichos y a la crueldad de los amos. Los africanos no aceptaron pasivamente la esclavitud ni abrazaron con gusto el cristianismo impuesto por sus verdugos. Al ser obligados a seguir la nueva fe, disfrazaron sus creencias con la liturgia católica y encubrieron sus dioses con los santos de la iglesia. Por su parte, los amos no tuvieron interés en adoctrinarlos

³⁷ Mina, (1975), p. 27

³⁸ Mosquera, (2004) p.52

convenientemente, como pudo ocurrir con los encomenderos de indios, pues los españoles decían que el cristianismo volvía rebelde al esclavo.

Como caso curioso, ocurrió muchas veces lo contrario, es decir, que los amos creyeron en los conjuros y la magia de los africanos, cuyo poder de brujería fue temido por blancos, indios y mestizos.

Los negros imitaron a los españoles en bailes y en organización administrativa, pues establecieron cabildos secretos, con virrey, gobernador, alcalde y oficiales. Para mantener alejadas las castas oscuras, las autoridades coloniales restringieron el comercio, el compadrazgo y las borracheras entre los negros y los indígenas y prohibieron el acceso de los negros a las indias 'para que no haya mulatoszambaigos'³⁹.

Los abusos de los amos, que iban desde golpes, desorejamiento y corte del miembro viril, al estupro y la violación, hicieron que los esclavos buscaran la libertad en los palenques o sitios adonde era muy difícil el acceso. En 1600 los esclavos de Cartagena conformaron el palenque de San Basilio y en 1785, siguiendo el ejemplo de otros negros del Valle del Cauca, los esclavos de la hacienda de Mariano Hormaza y Matute, en Cartago, se unieron a otros africanos y pardas libres y huyeron a las cabeceras del río Otún donde sembraron plátano y maíz y extrajeron oro por su cuenta.⁴⁰

En 1628 el científico J. B. Boussingault administró las minas de Marmato y Supía. El francés cuenta en sus crónicas que gran parte de los trabajadores de esos establecimientos eran esclavos, negros libertos, mulatos y mestizos, que por su sobriedad, sumisión y abnegación constituían una gran seguridad en su aislamiento, en medio de 150 obreros europeos, hombres turbulentos y casi todos entregados a la bebida.⁴¹

Entre negros y nativos creció una gran brecha, pues los indígenas vieron en los africanos y sus descendientes un instrumento de la dominación blanca. Los nativos odiaban más a los negros que a los españoles pues los africanos los agredían, les arrebataban sus cultivos y les quitaban sus mujeres. En las guerras civiles se notó ese resentimiento entre los indios del sur de Popayán y los negros del Patía y del Valle del Cauca.

Militares y políticos azuzaron la lucha de clases. En 1840, en el sur de Antioquia, el general Vezga ofreció la libertad a los esclavos que se incorporaran a sus filas "para combatir a los ricos y a los explotadores del pueblo" y en 1850 los liberales caucanos incitaron a los negros del Bolo para que atacasen a los propietarios del Valle del Cauca. Los habitantes de Sopinga, descendientes de cimarrones, recorrían la provincia de Toro en tiempos de elecciones, alejando de las urnas a los opositores de los candidatos radicales.

En el siglo diecinueve existían colonias negras en el Valle de Risaralda, o Sopinga, en Guamal y en Marmato; a orillas del río Magdalena vivían los bogas

³⁹ Jaramillo, (1963), p. 41

⁴⁰ Ibidem pág. 49

⁴¹ Boussingault, (1981), p. 94

de Arrancaplumas y los vecinos de la aldea de Buenavista, visitada en 1898 por el francés Pierre D'Espagnat y descrita con detalle en sus memorias:

"Desembarcamos en Buenavista, en la confluencia del río La Miel con el Magdalena, en pleno continente negro. Si, en Africa, bajo los cocoteros, ante el gran telón de la selva virgen, en medio de los negros. Estos oscuros descendientes de los esclavos emancipados por la guerra de la independencia han constituido pequeñas colonias que los blancos procuran evitar, desde luego. Entregados a ellos mismos, resucitan allí donde sientan sus raíces, por la fuerza del atavismo, esa Costa de los Esclavos de la que sus infelices abuelos fueron arrastrados. Piraguas en la orilla, entre los reflejos de la alta, de la umbrosa, de la melancólica selva, sol que al levantarse dora las aguas del Magdalena, lo mismo que allí dora la del lago Tendo, rapaces de ébano, indolencias de las madres con el vaivén del vientre siempre hinchado, a punto de estallar, todo da la impresión absoluta de la Guinea, pero de una Guinea expatriada, de una Africa diminuta, separada desde hace mucho tiempo del continente paterno, que permite apreciar lo que tres siglos de esclavitud y uno de libertad han ganado sobre la barbarie ancestral."⁴²

LOS BLANCOS Y LOS MESTIZOS

Desde los primeros años de la conquista, el rey de España autorizó las encomiendas o especie de fundos feudales, mediante las cuales los súbditos favorecidos tenían poder sobre tierras y sobre las comunidades indígenas, a las cuales cobraban tributos y las acercaban al cristianismo mediante un cura doctrinero sostenido por los indios y a veces por la corona.

Fueron tantos los abusos y los efectos nefastos de la encomiendas, que en 1564 el presidente del Nuevo Reino de Granada, Andrés Díaz Venero de Leiva las abolió y en su lugar estableció los resguardos indígenas, que consistían en zonas territoriales delimitadas, en las cuales los nativos ejercían su propio gobierno, dentro de las normas coloniales.

Con el paso del tiempo se conformaron dos castas de blancos: los españoles de la burocracia, la milicia o la iglesia y los descendientes de los europeos, o blancos de la tierra, que explotaban las minas, destilaban aguardiente, atendían el comercio y se lucraban del contrabando de importación y exportación.

Como en el viejo continente, las castas blancas de América pensaban que los oficios degradaban a quienes los ejercían. En 1783 el rey Carlos III, quiso cambiar tal mentalidad diciendo a sus súbditos que oficios como el de herrero, zapatero, sastre, carpintero y otros semejantes eran honestos y honrados y que en ninguna forma envilecían a la familia ni a la persona que los ejercieran, ni la inhabilitaba para obtener empleos municipales de la república. No obstante, el mensaje del soberano no cambió el pensamiento de sus vasallos y en Europa y en América los blancos siguieron dejando en manos de los mestizos todo lo que significase trabajo material, incluyendo la arriería y todo tipo de transporte.

⁴² D'Espagnat, (1983), p. 181

El aporte blanco al mestizaje lo hicieron los varones, pues muy pocas mujeres españolas llegaron con los conquistadores. Los soldados y los capitanes de Robledo buscaron compañera entre las indias. Aunque las carrapas, al decir de los cronistas eran bajas, descuidadas y de tosco aspecto, las nativas ansermeñas eran de finas facciones, de color claro, mejor ataviadas y de "buen parecer"⁴³

El dominio blanco se centralizó en las ciudades fundadas por los españoles y su influjo varió de acuerdo con el oro que se explotara y la presencia de nativos hostiles en sus vecindades.

A mediados del siglo XVII empezó a decaer la aldea de Arma por el agotamiento de sus minas y los ataques indígenas. La precaria situación se tornó insoportable en una sequía y con tierras agotadas, minas improductivas y con la inseguridad reinante, los vecinos de Arma se trasladaron al otro lado del río Cauca y levantaron ranchos en las inmediaciones del actual corregimiento de Damasco en el municipio de Santa Bárbara.

Al igual que en Arma, la declinación de Anserma empezó con el agotamiento de las vetas y la merma del oro en los aluviones. Los encomenderos trasladaron sus familias a Quebralomo; funcionarios, monjes y hacendados emigraron a fines del siglo XVIII hacia el sur y en cercanías de Cartago fundaron la población de Ansermanuevo. Según testimonio de José María Restrepo, en la vieja aldea no quedaron blancos, lo que confirmó Boussingault en 1823, en sus memorias de viaje.

Cartago fue una ciudad próspera adonde llegaba el valioso metal de Anserma, Roldanillo, Arma y Antioquia y se asentaron numerosos comerciantes, entre quienes se cuentan: Francisco Beltrán, Francisco Escobar, Juan Palomino, Pedro Rengifo, Marcos González, Alonso Hurtado y muchos otros que medraron en ese cruce de caminos que llevaba al centro de la Nueva Granada y al rico virreinato del Perú.

Cartago albergaba encomenderos y hacendados, dueños de minas, plateros, herreros y los numerosos "muleros" cuyo oficio era transportar carne y cacao a Santa Fe y Popayán y devolverse con mercancías ultramarinas y del país. Cartago fue, pues, una ciudad española, solamente con los indios y esclavos necesarios para servir a sus residentes, según mandaba la legislación colonial.⁴⁴

Cuando declinó la producción del oro y esclavos e indios se desplazaron a otras zonas, los vecinos vieron la conveniencia de trasladarse a otro punto donde se facilitara el comercio y fuera más expedito explotar el cacao, el tabaco y la cría de ganado y escogieron un punto en cercanías de la boca del río de la Vieja en el Cauca, que ahorraba dos jornadas de camino entre Santa Fe y Popayán. Como las autoridades coloniales se negaban a dar el permiso de traslado, los vecinos fingieron un ataque indígena y con el argumento del acoso de los nativos, los habitantes de Cartago consiguieron el visto bueno de la Real Audiencia para dejar las orillas del Otún y establecerse en las riberas de La Vieja.

⁴³ Salazar, (1939), p. 91

⁴⁴ Zuluaga, (2002), p. 105

La llegada de los paisas

Al empezar la república, la región que hoy constituye el Eje Cafetero estaba escasamente poblada. En la banda izquierda del río Cauca vegetaban algunos resguardos indígenas y en vecindades de Cartago, vivían, aún, algunos individuos de la parcialidad de Pindaná de los Cerrillos. En Guamal y Marmato tenían sus ranchos los descendientes de los esclavos que trabajaron las minas de esa región y en Sopinga (La Virginia) los nietos de cimarrones, escapados de las haciendas del Valle del Cauca, pescaban y cultivaban tabaco. La presencia blanca era exigua, solamente existían unos núcleos en Cartago y en Ansermanuevo, algunos caucanos en el caserío de San Juan y los descendientes de los ingleses y alemanes que se afincaron en Riosucio y Supía.

En medio de indios, negros y blancos estaban los mestizos de blancos e indias, los zambos resultantes de las uniones entre negros y nativas, y los mulatos, cuarteronas y ochavonas venidos al mundo por deslices de los blancos con las negras y las pardas, todos ellos con pretensiones europeas y encargados de la milicia, la administración pública o de los oficios de herrería, sastrería y talabartería.

A mitad del siglo XVIII los antiguos dominios de quimbayas, paucuras, palenques y tatamaes estaban desiertos. Solo había selva, jaguares y culebras, baldíos nacionales y las Concesiones de los Ramos, de Burila y de Aranzazu. Entonces empezó el alud paisa. Nuevos elementos se agregaron al crisol del mestizaje y el territorio volvió a ser testigo de otro cambio, tan radical y violento como el que se produjo al entrar los europeos.

EPÍLOGO

En medio del crisol del mestizaje persistieron las comunidades negras de Guamal y Marmato y algunas parcialidades indígenas, de raíces ansermas, mezcladas con nativos procedentes del Chocó y Antioquia.

El aporte blanco, no muy significativo en número, retuvo el control político, económico y social de la región. Aunque el grueso de la población era indígena, los nativos solamente contaron como carne de cañón en las contiendas fraticidas, al igual que los negros de Sopinga, los cuales sirvieron de ariete para desmoronar la oposición conservadora en el cantón de Toro.

El poblamiento paisa agregará nuevos ingredientes al crisol del mestizaje. Y surgirá otra cultura y otras aldeas en los baldíos y en las concesiones. Las aldeas negras no serán las mismas y los indígenas seguirán con el peso de la injusticia y del atropello sobre sus espaldas.

BIBLIOGRAFÍA

ARANGO Mejía, Gabriel, Monografías de Antioquia, Cervecería Unión, Medellín, 1941.

- BOUSSINGAULT J. B. Memorias, Banco de la República, Bogotá, 1985.
- CANO Arango, Jesús, Revaluación de las antiguas culturas aborígenes, Plaza y Janes, Bogotá. 1981.
- CARDONA Tobón, Alfredo, Indios, curas y maiceros, Hoyos Editores, Manizales, 2004.
- CARDONA Tobón, Alfredo, Quinchía Mestizo, B, Pereira, Fondo Editorial Departamento de Risaralda, Pereira. 1989.
- CARDONA Tobón Alfredo, Ruanas y bayonetas, Instituto Caldense de Cultura, Manizales, 1990.
- CALVO de Vanegas, Purificación, Biblioteca de Autores Caldenses, Manizales, 1963.
- D' ESPAGNAT Pierre, Recuerdos de la Nueva Granada, Editorial Incunables, Bogotá, 1983.
- FRIEDE, Juan, Los Quimbayas bajo la dominación española, Carlos Valencia editores, Bogotá, 1978.
- FLORENCIO, Rafael, Pensilvania avanzada colonizadora, Librería Stella. Bogotá, 1961.
- JARAMILLO Uribe, Jaime, Esclavos y señores en la sociedad colombiana, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1963.
- LIÉVANO Aguirre Indalecio, Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1978.
- MELO Jorge Orlando, Historia de Antioquia, Suramericana de Seguros, Medellín, 1988.
- MINA, Mateo, Esclavitud y libertad, Publicaciones la Rosca, Bogotá, 1975.
- MOSQUERA Antonio, Sergio, La Carimba, Universidad Tecnológica del Chocó, 2004.
- OCAMPO López, Javier, Santiago de Arma, Imprenta Departamental de Caldas, Manizales, 1993.
- PEÑA Piñeiro, Heliodoro, Geografía e historia de la provincia del Quindío, Instituto de Cultura de Pereira, Pereira. 2003.
- SALAZAR Santacoloma, Edgardo, Santa Ana de los Caballeros de Anserma, Concejo Municipal, 1939.

VASCO U, Luis Guillermo, Los Chamí, Editorial Margen Izquierdo, Bogotá, 1975.

ZULUAGA Gómez, Víctor, Vida, pasión y muerte de los indígenas de Caldas y Risaralda- Colección Universidad Tecnológica de Pereira, Pereira, 1994.

ZULUAGA Gómez, Víctor, Historia de Cartago la Antigua, Gráficas Buda, Pereira, 2002